

Las grandes paredes del silencio

Cuando el horizonte es una ancha llamarada y los animales corren directo hacia el fuego. En medio del humo caen a pedazos los árboles. Las cenizas hay que sacarlas con palas desde los techos, las abuelas son alejadas hacia lugares donde puedan respirar.

El apocalíptico cielo es un bloque oscuro sostenido amenazante sobre las ciudades. Hemos visto horizontes de llamas, el salvaje consumir de casas, la huida de animales y el crepitar de los árboles que mueren.

Vuelve a repicar la pregunta antigua:

¿Qué lugar tiene la poesía en este mundo que se termina? ¿Qué pueden las palabras? ¿hay algo más rotundo que el silencio?

Estamos recibiendo en la Academia de la Lengua a un poeta que cree en la transformación del mundo por y con la poesía. Un poeta cuyos sueños tienen el tamaño inconmensurable que queremos para nuestras esperanzas.

Unir por la palabra es el lema de nuestra Academia de la Lengua. Una misión también colosal cuando parece que los esfuerzos humanos se tensan en la contradicción. Tenemos a nuestra disposición una enorme red de comunicaciones que al tiempo que elimina barreras territoriales, sociales permite también quebrantar los afectos, exaltar las diferencias, ahondar las fisuras del manto social.

Quiero creer que estamos condenados a entendernos. Por eso me ha interesado formar parte de una academia alejada del **purismo**, de la irreal idea de que la lengua debería mantenerse pura, sin mancha de modismos, préstamos, apropiaciones locales. Pienso en una lengua madre que nos acoge a todos para fortalecer vínculos en la tarea titánica de comprendernos y comprender nuestro mundo. Una academia que potencia la idea de la comunidad, que celebra la literatura nacida en este regazo, aunque su impulso, especialmente de la poesía, sea rebelarse precisamente a las reglas maternas.

Pienso en una Academia que entiende la contaminación que permite transformaciones, abrazar a otros, acercarse a la complejidad de quiénes somos. Una academia que confíe en que la propia lengua y sus hablantes encontrarán caminos para la estabilidad. Dicen los entendidos que la lengua tiende a mantenerse relativamente homogénea, simplemente porque los hablantes necesitan entenderse entre sí. No se trata, entonces, de limpiar, fijar y dar esplendor - como rezaba el emblema desde su creación – pues no se trata de un cuerpo ajeno a los corcoveos de los hablantes desde afuera.

Nuestro nuevo miembro honorario, Raúl Zurita, expresa con su vida y obra el más alto poder de las palabras. Su bibliografía sólida y conmovedora es un territorio literario que afortunadamente todos quienes amamos la poesía hemos recorrido.

Su proyecto poético es un enorme monumento de resistencia en un tiempo que parece sumirse en las ruinas, en la pérdida de sentido, en una realidad hecha pedazos, amenazada por la falta de palabras y la avalancha de superficialidad.

Aunque no se sabe cómo surge un poeta, tal vez su biografía nos dé luces respecto a cómo Raúl Zurita se encuentra con la poesía, de cómo su formación temprana fue determinante para asumir las limitaciones del lenguaje. Él mismo lo ha contado varias veces: partió con su amor por una abuela que hablaba en lengua italiana; una abuela anclada en un país que no quiso como suyo, pero que le entregó el tesoro de la Divina Comedia como légamo donde se fue formando su voz. Estudió los primeros años en un colegio inglés. Supo después que hay otra lengua enterrada, pero bullendo bajo la tierra, que también forma parte del tejido vital, una lengua que nos habita.

Y está este español de Chile en el que escribe y que convive con las otras en una trenza cuya trama alcanza alturas espirituales profundamente unida a lo material. Todas esas lenguas arden en el magma de su palabra poética con los ecos también de las lecturas. Las lenguas siempre están mezclándose, en este escenario polifónico, resuenan las palabras bíblicas: “Bajemos pues, y una vez allí confundamos su lenguaje de modo que no se entiendan entre sí” dice en el Génesis. El poeta Zurita se declara comprometido con una única lengua para perseguir con ella la expresión de una experiencia vital llevada a sus límites, convencido de que la poesía es anterior a las palabras.

La conciencia de esta maraña, esta espesura donde se interna hace al poeta: quiere compartir aquello trascendente que él ve, aquello a lo que accede y tiene sólo este material que también es creación humana para intentar entrar a un espacio sagrado, más allá de sus fuerzas.

El poeta es una persona que percibe el valor de las palabras, sabe de su mágico potencial, pero también desconfía de ella porque no alcanza para decir el dolor o la extraordinaria belleza de la aventura humana. La conciencia de esa imposibilidad, nos hace tartamudear. Por eso el balbuceo no es despreciable, según Adriana Valdés, cuando es exploratorio, investigador, va reptando hacia la lucidez. Con todas esas palabras buscar un lenguaje propio, eso hace la poesía. En esa paradoja, el poeta se mueve a veces con desesperación.

En una interpelación propia de Zurita, quién se pregunta: ¿dónde están los muertos? Aparece de nuevo la imposibilidad: “Están fuera del lenguaje.”

El poeta Raúl Zurita se arriesga a desbordar la página para arrasar con poesía el espacio público, con frases en el cielo, con relieves cordilleranos, con versos en acantilados, con música rock, con su cuerpo físico en movimientos sociales.

La urgencia de decir, reaccionar frente a la violencia de la dictadura lo hizo buscar todas las formas de comunicar esa desesperación. Como sabemos, Zurita realizó acciones utilizando su cuerpo como medio de expresión, con los que el poeta «quería expresar la impotencia frente a la realidad y la necesidad de decir sin palabras»

Nuestras vidas podían ser un desastre, pero había cierta pureza declaró en alguna oportunidad. Así, desde esa mirada, un gesto como escribir en el cielo se convierte en un acto político, más si hubiera sido como él soñó: que fueran los mismos aviones que habían bombardeado la Moneda los que trazaran los versos. El arte como síntesis revolucionaria.

La poesía tiene una enorme fuerza exploratoria y transgresora, que rastrea en los espacios vedados de la realidad; devela mundos maravillosos estremecedores, brutales a veces. Todo por medio de la palabra. Por medio de ella se indaga, se pregunta, se crea.

La poesía de Raúl Zurita se interna preguntando en nuestros paisajes fundando realidades nuevas. Su capacidad de penetrar en el misterio y de develar claves simbólicas, de traspasar el umbral y llevar, hasta las últimas consecuencias, a la imaginación creadora es un sello distintivo.

Sigue siendo la buena poesía una forma superior de expresar la condición humana. Y cuando la palabra se hace parte de los símbolos, mitos, rituales, se hace parte de la comunidad porque el lenguaje poético es capaz de atenuar las diferencias culturales, se vuelve a un tiempo anterior a la Torre de Babel, cuando las cosas estaban unidas a sus nombres. Versos que hablan de un tiempo en el que la edad no existe, en el que entender la vida es aceptar la muerte; proyectar el futuro y no olvidar el pasado porque cada uno de nosotros contiene la totalidad del tiempo.

Niños en estado de gracia

¿Qué puede la poesía en este tiempo?

He estado yendo a las islas más alejadas del archipiélago de Chiloé y emociona ver niños curiosos, inocentes, abiertos al asombro, jugando en los recreos entre ellos o subiendo a los árboles. Que todavía llaman “maestros” a sus profesores y que cuentan historias como las manzanas de oro que maduran en la casa de su vecino o que ellos han estado en la cascada donde se bañan los brujos.

Niños en estado de gracia que sueñan y se permiten conocer el otro lado de los sueños. Conocen también los matices del silencio porque no están conectados permanentemente a pantallas, audífonos. Todos los sentidos ocupados en consumir información generada por su

propio mundo. Sin tantos ruidos exteriores que ensordezcan su voz interior. Por eso conviven en su imaginario historias mágicas, las voces de sus mayores, su propia imaginación.

Hay mitos, ritos, leyendas, cantos para sanar que han sobrevivido en su memoria a la novedad, las modas, las impostaciones del deseo. Es la palabra, quien les da la medida de las cosas, la relación con el mundo que les rodea y su particular concepción del tiempo.

¿Qué puede la poesía?

Sostener ese cielo colgado sobre sus cabezas “que el amor mueva sus estrellas”. Se hace imprescindible pensar en tareas que son grandiosas como mantener abierto el mundo para estos niños en estado de gracia.

Pienso en el poder salvador de la poesía. En palabras que parecen comunes, propias de todos, pero que saltan por sobre el envilecimiento, la mala voluntad para instalarse llenas de sentido, cuajadas, esponjadas de futuro.

En la mesa pública se habla de redes que igualan, del abandono de la verticalidad; se habla de los beneficios del trato horizontal y se declaran caducas las voces iluminadas. Pareciera que hay que hablar en voz baja, susurrar, evitar los énfasis, disolverse en un vago nosotros cuya conformación es descoyuntada, mutante.

Otra vez la contradicción o paradoja arremete porque sí, siento que necesitamos recuperar las voces sencillas, el habla de la calle, de los que no han podido levantar sus sueños y ponerlos a rodar frente a los pies de otros. Pero también hace falta disparar las visiones, hacia el inconmensurable universo y en esa tarea, hay algunos adelantados. Pienso en la imagen de Sábato en su Carta a un joven escritor cuando dice que la luciérnaga debe sentir algo de orgullo cuando se le enciende el cuerpo como una maravilla del universo.

Sobrecogida por imágenes de isleños que superan la brutalidad cotidiana, para elevarse hacia lo grandioso. Traspasados por los rayos de la fe, esa vieja inocencia, se arriesgan a enfrentar la masa nada compasiva del océano y aventurarse casi sin medios a conseguir el favor de sus santos. Poesía es partir en una lancha pequeña a la cordillera, atravesar el Golfo donde no se ve la costa durante horas, para labrar solo con hacha árboles enormes, ciprés o alerces para construir templos pensando en la eternidad. O mujeres que, en honor a sus vírgenes, viajan al pueblo para comprar telas escogidas y joyas que jamás podrían permitirse usar ellas mismas.

Son empresas magníficas y elocuentes que generan una dicha en los oficiantes y los hace celebrar juntos. Compartir un destino que llena de sentido la palabra nosotros.

El mismo poeta Zurita dijo que sus versos en el cielo eran una «afirmación de una espiritualidad» que desembocaba en la «solidaridad con los demás».

“Desde el abismo de la caída, de nuestra indefensión, de nuestra orfandad puede nacer la esperanza, el sueño, el amor infinito por el milagro de estar vivos y poder abrazar a otro, amarlo en su devalidez hermana de la tuya”.

El poeta Raúl Zurita ha estado varias veces con mis estudiantes del liceo en Ancud. La primera vez recién operado de un riñón, la última, llegó en avión pero se volvió casi enseguida pagando él su pasaje en bus. Su lectura y encuentro con niños entre los pobres y abandonados. Es un gesto anónimo y sencillo que parece contrastar con la grandiosidad de su propuesta lírica, sin embargo, pienso que se trata del mismo afán amoroso.

Como lectora de Raúl Zurita, siento que este es su aporte: devolverle a la poesía su sentido antiguo: La poesía nace como apuesta de totalidad donde lo mínimo y lo máximo se encuentran con una fuerza más allá de nuestra voluntad.

A propósito de la bajada del Olimpo, necesitamos la oposición dialéctica a la defenestración parriana. Lenguaje poético popular sí, pero con una comunidad que busca la comunión eterna

Cito, para cerrar, estas palabras de nuestro nuevo miembro honorario:

“De vuelta al Olimpo, entonces a entonar las últimas estrofas del horror y de la maravilla de estar vivos en un mundo que es tiempo e historia y que, segundo a segundo, construye su Apocalipsis y su nuevo amanecer.”

Rosabetty Muñoz